



# Pío Baroja (1872-1956). El autor en su órbita

*Pío Baroja (1872-1956). The author in his orbit*

■ Santiago Prieto\*

## **Resumen**

Pío Baroja es uno de los grandes narradores en Lengua Española del siglo XX. Misántropo, antidogmático, tímido, hipercrítico, anticlerical, y, por encima de todo, independiente, en sus artículos, en sus relatos y en sus más de setenta novelas plasmó con un estilo peculiar toda una época de nuestra Historia. En estas páginas se hace un recorrido cronológico por su vida y su enorme obra que, traducida a todos los idiomas, debe figurar en cualquier antología literaria que se precie.

## **Palabras clave**

Pío Baroja. Literatura española.

## **Abstract**

Pío Baroja is one of the twentieth-century's most important writers in Spanish Language. Misanthrope, anti-dogmatic, timorous, hypercritical, anticlerical, and, above all, an independent writer of articles and stories. His more than seventy novels with a distinctive style reflected an era of our history. These pages are a chronological journey through his life and his great work, translated into all languages, which must be included in any self-respecting literary anthology.

## **Key words**

Pío Baroja. Spanish Literature.

---

\* El autor es médico. Hay una versión electrónica de este texto en: [www.fundacionpfiizer.org](http://www.fundacionpfiizer.org) y [www.dendramedica.es](http://www.dendramedica.es).

## 1. Los primeros años: San Sebastián, Pamplona, Madrid

En sus memorias (*Desde la última vuelta del camino*, 1948), Baroja escribió, como siempre sin autocensura: «A mí me interesa mucho la raza, tanto en un hombre como en un animal». Y dedicó un capítulo a detallar sus apellidos, Baroja, Nessi, Zornoza, Goñi, Alzate, etcétera, recordando a sus antepasados. Así sabemos que su homónimo abuelo paterno tuvo una imprenta en San Sebastián; que Nessi es «una aldea de pescadores a orillas del lago Como», en Lombardía; que «los Zornoza procedían de Amorebieta, en Vizcaya», que «los Goñi se dice que descienden de un Teodosio de Goñi, caballero del tiempo de Witiza» y que «los Alzates fue una familia que tuvo importancia en Vera de Bidasoa».

De su padre, don Serafín Baroja Zornoza, de San Sebastián, hombre cultivado, melómano y liberal, nos contó que carecía de sentido práctico, que se había hecho ingeniero de Minas en Madrid y «que escribió en castellano y en vascuence y tenía un gran entusiasmo por su pueblo».

Don Serafín se casó a los 25 años con Carmen Nessi y Goñi, de 17. De ella, Baroja escribiría esta semblanza: «... había algo en su silueta de estampa italiana, y en su espíritu, algo de mujer educada en un ambiente protestante y puritano. Para ella, la vida era algo muy serio, lleno de deberes y de poca alegría... yo sospeché siempre que no tenía esperanza ninguna».

Al poco de casarse, su padre fue a trabajar como ingeniero en las Minas de Río Tinto, en Huelva, y allí nacieron sus dos primeros hijos: Darío, en 1870, y Ricardo, al año siguiente. Y, de vuelta a San Sebastián, en la calle de Oquendo vino al mundo Pío Inocencio Baroja Nessi el 28 de diciembre de 1872, al comienzo de la tercera guerra carlista (1872-1876).

Don Serafín pasó al Instituto Geográfico y Estadístico en 1879 y la familia se trasladó a Madrid, a la desaparecida calle Real, próxima a la actual glorieta de Bilbao; y poco después a la del Espíritu Santo, entre las de San Bernardo y Fuencarral. En aquella

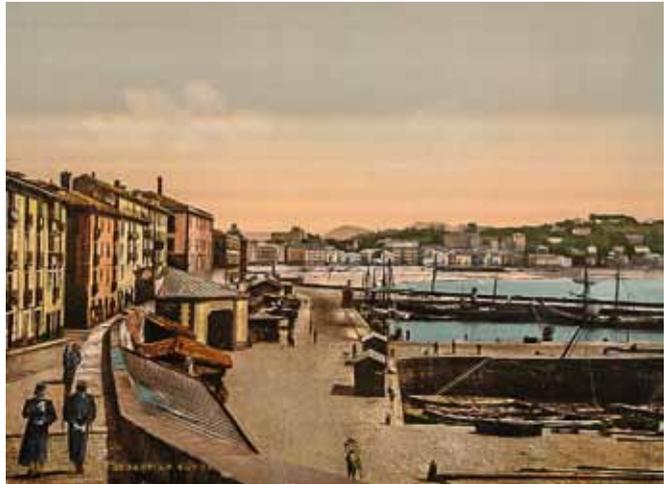


FIGURA 1.—Vista del Puerto de San Sebastián en 1890 (cortesía de la Biblioteca del Congreso estadounidense, Prints and Photographs Division).

empinada calle, Pío, siete años, palpó el ambiente de una ciudad viva; oyó a ciegos recitar sus romances y las canciones de las criadas a voz en grito; vio pasar entierros cerca de su casa y observó a mendigos, titiriteros y soldados lisiados que habían estado en Filipinas o Cuba; escuchó con terror las historias atroces que le contaba una criada necia mientras sus padres salían al teatro por la noche; acudió a una escuela en la que sufrió con su hermano Ricardo la vesania del maestro («recuerdo indeleble de Madrid era la correa del profesor»); a veces iba con su madre a visitar a su tía Juana Nessi, casada con Matías Lacasa, que tenía una panadería en la calle de la Misericordia, al lado del convento de las Descalzas Reales; y, además, en su casa conoció al escritor de folletines Manuel Fernández y González, amigo de don Serafín.

Duró poco esta primera estancia en Madrid, porque dos años más tarde su padre decidió ir a Pamplona. Ahí nació, en 1884, Carmen, cuarto y último vástago del matrimonio, con la que Pío siempre tuvo una unión especial.

## 2. Pamplona. Madrid

Aunque en el Instituto al que iba con sus hermanos también recibió más de un capón y escuchó la profecía que de él hizo un profesor («no será usted nunca nada»), Pamplona, escribió más tarde, «era un pueblo divertidísimo para un chico. La muralla con sus glasis, sus garitas y cañones; los portales, el río... Todo esto tenía para nosotros grandes atractivos». Protagonizó travesuras e hizo excursiones por tejados y buhardillas; participó en peleas a pedradas; sufrió la rotura de un brazo cuando corría perseguido por unos «amigos»; leyó a Espronceda y se deleitó con Verne y Defoe; vio el cadáver de un condiscípulo, que se había suicidado tirándose desde lo alto de la muralla; se hizo un gran amigo, Carlos Venero, al que años después volvió a ver en Madrid; y nunca olvidó una mala experiencia que tuvo en la catedral: «Habíamos salido del Instituto y habíamos presenciado unos funerales. Después entramos tres o cuatro chicos en la catedral. A mí se me había quedado el sonsonete de los responsos al oído, e iba tarareándolo. De pronto salió una sombra negra por detrás del confesionario; se abalanzó sobre mí y me agarró por el cuello, hasta estrujarme... Era un canónigo gordo y sebooso, que se llamaba... Este canónigo sanguíneo, gordo y fiero, que se lanza a acogotar a un chico de nueve años, es para mí el símbolo de la religión católica». Nunca cambió ese criterio.

Pero, en los cinco años que pasó en Pamplona también tuvo experiencias gratas. Así, muchas noches escuchó a una anciana vecina que pasaba a su casa, relatar «historias de la guerra carlista, que eran interesantes y pintorescas». Como gozó con los cuentos que su madre les contaba a él y sus hermanos intercalando canciones vascas que «cantaba muy bien». Sin olvidar que en esa ciudad vio a José Zorrilla, asistió a la representación de *Don Juan Tenorio* y oyó al gran tenor Julián Gayarre.

En 1886, su padre fue nombrado ingeniero jefe de minas de Vizcaya y antes de partir a su nuevo destino, decidió que su mujer y sus hijos fueran a Madrid. Llegaron en septiembre y fueron a vivir a la casa de la tía de su madre, donde tenía la panadería.

Una tahona en la que se hacía, con una levadura especial que un socio de don Matías había traído de Austria, el solicitado «pan de Viena». Como curiosidad, recordaremos que la casa-negocio hacía esquina con la calle de los Capellanes (hoy del Maestro Victoria), en lo que hoy es una librería.

Entonces ya se veía el afán literario de Darío, 16 años y el lector de Pío, 14; mientras que Ricardo, 15, dibujaba. Pronto se trasladaron a la calle de la Independencia, cerca del Teatro Real. Darío y Ricardo fueron a prepararse para ingresar en la Escuela Politécnica y Pío fue matriculado en el Instituto de San Isidro, en la calle de Toledo. Aunque le gustaba vagabundear por las calles próximas a su casa, en el camino al Instituto evitaba, por miedo, el arco de Cuchilleros. En esta línea, de aquella época siempre recordó el día en que hizo pellas para ir con unos colegas a ver los cadáveres de los tres asesinos del célebre «crimen de la Guindalera», dos hombres y una mujer ajusticiados mediante garrote y expuestos en el patio de la Cárcel Modelo, en la Moncloa, en lo que más tarde sería Ministerio y Ejército del Aire.

En el Instituto volvió a ver a Carlos Venero, renovando su amistad de Pamplona y, además se hizo amigo de Pedro Riudavets, cuyo padre era dibujante en *La Ilustración Española y Americana*. Pío era mal estudiante y acabó ramplonamente el bachillerato. Debía decidir qué estudiar y dudó entre Farmacia y Medicina. («Tras largas reflexiones, pensé que no tenía vocación ninguna y que era un perfecto inútil para la vida corriente»). Y se decantó por Medicina porque era lo que iba a estudiar su amigo.

### 3. Facultad de Medicina

Se matriculó en el Preparatorio y tanto las asignaturas como el método y, en especial, los profesores, le decepcionaron: «...los primeros días de clase no salía de mi asombro. Todo era absurdo... me encontraba en una clase grotesca... El ambiente de inmoralidad, de falsedad, se reflejaba en las cátedras tanto o más que en los otros centros políticos o docentes».

Se aficionó a las librerías de viejo y leyó. «Yo he sido un lector asiduo, pero no un buen lector. He leído mucho largo tiempo, pero sin método...» —escribirá—. Así, se sumergió en los presocráticos con Heráclito a la cabeza y en las obras de Dickens, Cervantes, Balzac, Tolstoi, Stendhal, Poe, Dostoievski, Dumas padre, Bécquer, Gogol, Zola, Ibsen, Víctor Hugo, Verlaine, Nietzsche... y cuando no leía, callejeaba y observaba las gentes en las calles de aquel Madrid pintoresco en el que en cada esquina se palpaba la historia de España. Pasaba con frecuencia por la calle de Santa Clara, en la que se había suicidado Larra; o la de la Cruz Verde, donde había estado el Tribunal de la Inquisición y llegaba a la calle de los Estudios, en la que don López de Hoyos tuvo su Academia de Humanidades, a la que fue su admirado Cervantes, y en la que había nacido Eugenio de Aviraneta, aventurero y pariente sobre el que tanto escribió.

Don Serafín decidió que su familia fuera a pasar el verano de 1888 a San Sebastián

y allí, el tímido Pío tuvo sus primeros reveses amorosos. «Yo no interesaba a las muchachas». No sorprende, por lo tanto, que en agosto volviera a Madrid.

En cuanto al estudio, para aprobar en septiembre necesitó la recomendación de un amigo de su padre. Y en octubre, la familia se trasladó al cuarto piso de una casa en la calle de Atocha, cercana a la de Santa Isabel y al Hospital General.

Baroja estudió poco y de sus experiencias en la Facultad de Medicina de Atocha, escribió varias veces. Desde «el procedimiento que se usaba para sacar los muertos del carro en donde los traían del depósito del hospital», hasta los profesores, no solió hablar bien. En especial, de José Letamendi, que «pasaba como un genio», pero que para él fue «un desaprensivo, todo palabrería y fuegos artificiales... un hombre sin una idea profunda... un farsante con melena». «Por la cuestión del valor científico de Letamendi estuve a punto de entablar una discusión con Ramón y Cajal, que él no aceptó»; «Cajal era la antítesis de Letamendi»; de Federico Olóriz: «hombre que sabía mucho y de aptitudes científicas, pero era un tipo malhumorado y de aviesas intenciones... un jabalí»; de Benito Hernando, profesor de Terapéutica: «arbitrario, caprichoso e insoportable que sentía antipatía por los vascos... yo creo que era un loco»; del químico Magín Bonet: «de Lérida, más que agrio, era tosco y cazurro»; del cirujano José Rivera: «un catalán que trataba al enfermo como a un enemigo, sin humanidad y sin cordialidad, y que murió en un prostíbulo». Sin embargo, de don Alejandro San Martín escribió: «era un hombre afectuoso y condescendiente que se esforzaba en ser buen profesor y lo conseguía...».

En cuanto al Hospital General, no utilizó el botafumeiro: «La inmoralidad reinaba en aquel vetusto edificio. Desde los administradores de la Diputación Provincial, hasta una sociedad de internos que vendían la quinina del hospital en las boticas de la calle de Atocha... Las hermanas de la Caridad no eran criaturas idealistas, sino muchachas de pocos recursos, algunas viudas, que tomaban el cargo para ir viviendo...». Pero, otra vez, recurrió al contrapunto en forma de diario de una monja, sor María de la Cruz, que cayó en sus manos: «Había allí una narración tan sencilla, tan ingenua, de la vida hospitalasca, contada con tanta gracia, que me dejó emocionado... Al poco de llegar al hospital la trasladaron a una sala de tísicos, y allí adquirió la enfermedad y murió... No me atreví a preguntar cómo era».

Como tampoco pudo escribir bien de su experiencia en el Hospital de San Juan de Dios, «un edificio inmundo y maloliente», en calle de Atocha, a la altura de la actual plaza de Antón Martín. Allí acudió con Venero y Riudavets a un curso de enfermedades venéreas: «... el espectáculo era deprimente. Las mujeres eran de lo más caído y miserable... Ver tanta desdichada sin hogar, abandonada en una sala negra... El doctor Cerezo era un vejete ridículo que trataba con una crueldad inútil a aquellas desgraciadas acogidas allí, y las martirizaba de palabra y de obra».

Curiosamente, Letamendi le hizo un favor, bien que involuntario: «...su palabrería produjo en mí un deseo de aproximarme al mundo filosófico, y con ese objeto compré, en una edición económica, los libros de Kant, de Fichte y Schopenhauer». Terminó así de forjar su pensamiento y empezó a escribir. Y en 1890, estudiando

el cuarto curso de la Licenciatura, publicó sus primeros artículos: nada menos que trece sobre Literatura Rusa en *La Unión Liberal*, de San Sebastián, entre los que destaca el dedicado a Dostoievski. Por cierto, Urrutia Salaverri recopiló en *Páginas sueltas* (Caro Raggio, 1973) los 130 artículos y cuentos de Baroja en periódicos y revistas (*La Voz de Guipúzcoa*, *El Liberal*, *El Ideal*, *El Globo*, *El País*, *Alma Española*, *El Imparcial*, *Electra*, *Juventud*, *Revista Nueva*, *La Justicia* y el diario *España*, todos ellos de Madrid, y dos escritos en francés en *L'Humanité Nouvelle*, de París, en 1899 y 1900), desde aquellos primigenios hasta el último, en *El Pueblo Vasco*, de San Sebastián, en 1905.

Cabe destacar que a finales de 1892 Baroja había empezado a colaborar como articulista en *El Globo*, en el que también lo hicieron Azorín y Valle Inclán. Su paso por aquel diario hasta 1894 fue crucial ya que se consolidó como articulista. Fue enviado como corresponsal a Tánger cubriendo la guerra civil entre kabilas en el norte de Marruecos y asumió la jefatura de la Redacción. Ni que decir que la remuneración que recibía por sus artículos era casi



FIGURA 2.—Baroja retratado por Ramón Casas i Carbó (1866–1932) (Museo Nacional de Arte de Cataluña, cortesía de Wikipedia).

simbólica. Incluso en alguna ocasión pretendieron que pagara para que le publicaran sus escritos. (Más tarde escribió con regularidad en *El País*, diario republicano radical, y en *El Imparcial*, periódico literario por excelencia dirigido por José Ortega Munilla, padre de Ortega y Gasset, en el que incluyó un ensayo sobre Nietzsche).

#### 4. Valencia. Cestona

La mala situación económica hizo que don Serafín aprovechara una vacante en Valencia para trasladarse allí con la familia en 1892. Eso le vino bien a Pío, suspendido *ad aeternum* por Hernando, ya que en la ciudad del Turia estudió como nunca. Sin embargo, al poco de llegar, Darío tuvo una hemoptisis y Baroja lo vivenció en lo más hondo. El dolor por la muerte de su hermano, 23 años, en febrero de 1894, superó con mucho la satisfacción de licenciarse en Valencia ese mismo año.

Decidió zanjar su relación con la Facultad de Medicina y fue a Madrid a la casa de su tía Juana para preparar las asignaturas del doctorado. Las superó, ahora sin dificultad, y escribió una tesis de 55 páginas que tituló *El dolor. Estudio de psicofísica*, con el que se doctoró en 1895 ante un tribunal en el que estaban Cajal y San Martín. Volvió a Valencia, donde su familia recibía *La Voz de Guipúzcoa*, y en sus páginas vio el anuncio de la vacante de una plaza de médico titular en Cestona. La solicitó; fue el único candidato y hacia allí partió.

Su estancia en aquel pueblo guipuzcoano duró algo más de un año. Baroja poseía dos buenas cualidades para ejercer con decoro: conocía su ignorancia, así que siempre actuaba con sensatez, y no le obsesionaba el dinero (cobraba cien pesetas al mes y pagaba «nueve reales diarios de pensión»), por lo que no le importaba que el otro médico titular, ignorante y pesetero, percibiera un sueldo mayor. La vida allí era incómoda; qué decir de las mezquindades y habladurías de los paisanos porque no iba a misa; de la discusión que tuvo en el balneario de la localidad con el entonces famoso Padre Coloma; o de las visitas a caballo a caseríos alejados en noches de lluvia. Pero, observó situaciones e individuos que veremos en sus obras; leyó y escribió cuentos y artículos para *La Justicia*, diario republicano de Madrid, y en el cementerio estudió las medidas de los cráneos. Además, sus padres, Ricardo y Carmen fueron a vivir con él durante unos meses, hasta que su tía Juana, ya viuda e incapaz de mantener sola la panadería, les pidió que Ricardo fuera a Madrid para sostener el negocio. Así se hizo y el resto de la familia marchó a San Sebastián. Resultó una buena disculpa, porque Pío estaba incómodo en Cestona.

#### 5. Madrid, otra vez. Un recuerdo histórico

En la ciudad de La Concha, escribió artículos en la prensa local, habitualmente contracorriente, por lo que no fue bien visto por las fuerzas vivas. De ahí que, cuando



FIGURA 3.—Casa familiar de los Baroja en Vera de Bidasoa, Navarra (Simoncio, Creative Commons).

Ricardo les comunicó su negativa a seguir en solitario con la panadería, Pío volviera a Madrid. Se instaló en la casa de su tía y tuvo que hacerse panadero.

Debemos recordar que la Primera República duró desde febrero de 1873 hasta diciembre de 1874 y que Alfonso XII, nacido en 1857, reinó desde enero de 1875 hasta su muerte por tuberculosis el 25 de noviembre de 1885 estando su segunda esposa, María Cristina de Austria (1858-1929), embarazada del futuro Alfonso XIII (1886-1941). Ésta, mujer recta, actuó como Regente desde noviembre de 1886 hasta mayo de 1902, cuando su hijo subió al Trono. El día antes de la muerte de Alfonso XII, Cánovas, líder del Partido Conservador, y Sagasta, del Partido Liberal, acordaron en El Pardo un pacto de alternancia en el Gobierno para apoyar la Regencia y garantizar la continuidad de la Monarquía frente a las presiones de republicanos y carlistas.

Cánovas fue asesinado en 1897 y había sublevaciones en Cuba y Filipinas. EE UU, siempre al acecho, provocó el incidente del Maine el 3 de julio de 1898. Y España, tras una autodemolición acelerada desde el reinado de Carlos IV, perdió los últimos jirones de un Imperio con cuatro siglos de historia.

Baroja recordó que muy pocos, como el ingeniero oscense Lucas Mallada (1841-1921), con quien tuvo amistad, previeron el desastre: —«¿Cree usted que vamos a la derrota? —No a la derrota; a una cacería en la que nosotros haremos de conejos».

Su madre y su hermana vinieron a Madrid a vivir con su tía, que murió en 1899, y con él. Se mezcló con los obreros, a los que trató con deferencia, pero no logró que el negocio remontara. Entre harinas, panaderos y facturas, decidió, por fin, dedicarse a escribir. Tenía 26 años. Ahora recorrió Madrid y lo que vio no le gustó, pero le cautivó.

Chapurreaba el francés y en 1899 viajó a París con cien duros en el bolsillo para intentar ganarse la vida como traductor o como escritor. Aunque escribió dos artículos que le tradujeron en *L'Humanité Nouvelle*, no ganó ni una peseta y palpó el menosprecio con que se trataba a los españoles. Pero, allí trató a los hermanos Machado y congenió con Antonio; vio a Óscar Wilde, ya en el ocaso: «Era alto, con un cuerpo grande y un tanto destartado... daba la impresión de un fantasma»; asistió a las manifestaciones por «el asunto Dreyfus» y visitó los monumentos. Volvió a España en tren con un billete de indigente de 15 francos hasta la frontera facilitado por el Consulado. Viajaría más veces a París ya siendo un autor conocido, pero siempre guardó un recuerdo especial de aquel primer paso por la Ciudad Luz.

## 6. Primeras novelas

De vuelta en Madrid, hizo pinitos en la Bolsa con su amigo Riudavets y ganó algún dinero. Así, en 1900 pudo publicar a sus expensas *Vidas Sombrias*, una recopilación de 35 cuentos, escritos en su época de estudiante y en Cestona, en los que se observa la influencia de Schopenhauer: «La vida es algo oscuro y ciego, potente y vigoroso, sin justicia y sin fin. En vano se le buscará un sentido...» Una recopilación en la que

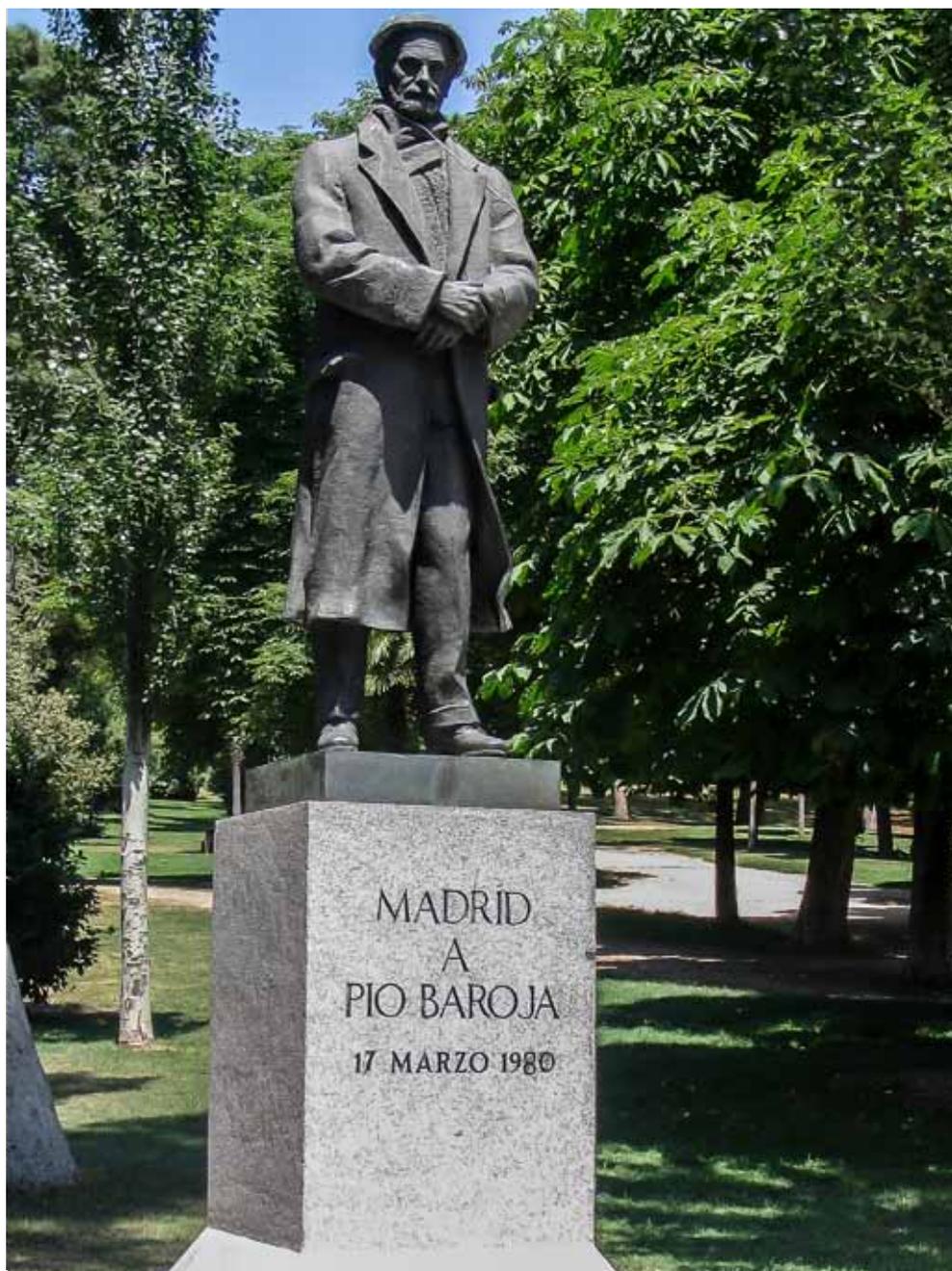


FIGURA 4.—Estatua en bronce de Baroja (1979) en el Parque del Retiro de Madrid, realizada por Federico Coullaut-Valera Mendigutia (1912–1989) (Javier Carro, Creative Commons, Wikipedia).

figura *Bondad Oculta*, que elogió Unamuno. Ahí ya está el escritor que ese mismo año publicó en Bilbao *La casa de Aizgorri*, una historia de amor con un excelente personaje femenino, Águeda, y con final feliz. Su primera novela, en la que aparecían los conflictos sociales de la época y en la que un personaje hacía una curiosa apreciación: «¡Qué tosco es el trabajo del hierro, ¿eh?, pero qué grande! —El hierro es un metal honrado— El alcohol silba en el alambique, porque tiene mucho de serpiente...» Pero, ambas obras pasaron desapercibidas.

En 1902 fue a vivir con sus padres y sus hermanos a un caserón en la calle de Mendizábal, en el barrio de Argüelles. En el bajo puso la panadería, que siguió sin cubrir gastos. Aunque siempre respetó a los trabajadores, en medio de la agitación, las huelgas y los atentados, Baroja sufrió la traición de los que había tratado de igual a igual. Tuvo que soportar que le llamaran «explotador de los obreros» y fue amenazado. Pronto no le quedó más remedio que echar el cierre.

Se incorporó al mundo literario, acudió a tertulias de café, salió por la noche y colaboró en *El Globo*. Vio que Valle Inclán había perdido el brazo izquierdo en una trifulca en un café de la Puerta del Sol. Al intentar agredir al cronista Manuel Bueno, éste le dio un bastonazo, con la mala fortuna de que se le clavó el gemelo en la muñeca. La herida se infectó, sucedió la gangrena y fue necesaria la amputación.

Y si sus dos primeras obras habían sido ignoradas, sí fueron apreciadas por el aún desconocido, y muy pronto amigo, Azorín (1873-1967), por el ya asentado Unamuno (1864-1936) y por el ya consagrado Pérez Galdós (1843-1920).

Baroja caminaba seguro y en 1901 publicó por entregas, en *La Opinión*, *Camino de perfección*, novela sobre la crisis existencial de un pintor, Fernando Ossorio, un volteriano sin fe en su obra y con bastante de sí: «¡Ah! ¡Si yo supiera para qué sirvo!»; anticlerical: «... Los escolapios tienen allí un colegio y contribuyen con su educación a embrutecer lentamente el pueblo... Toledo ya no era la ciudad mística soñada por él... Los caciques dedicados al chanchullo; los curas, la mayoría con sus barraganas, pasando la vida desde la iglesia al café; la fe ausente... me repugna la clerecía»; crítico con los políticos: «Muy republicanos y muy liberales, pero en casa tan déspotas como los demás, tan intransigentes como los demás, con la misma sangre de fraile que los demás...»; y, a la vez, con la mujer como ideal: «Sí, ella era el gran río de la Naturaleza, poderosa, fuerte; Fernando comprendía entonces la grandeza inmensa de la mujer, y al besar a Dolores, creía que era el mismo Dios el que se lo mandaba; el Dios incierto y doloroso que hace nacer las semillas y remueve eternamente la materia con estremecimientos de vida...».

En el mismo 1901 publicó *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox*, novela espléndida por la que desfilan tipos de la bohemia madrileña, marginados que conoció y apreció, como aquel personaje «con una tisis galopante» que rogaba a Silvestre que le acompañara cuando le llevaran al hospital a morir; con un protagonista desnortado inventor de «la ratonera Speculum o el cepo langostífero»; un pobre hombre al que «le repugnaba la prensa, la democracia y el socialismo», pero que en un momento reflexionaba: «Aquella alegría que irradiaba la niña le llenaba a veces

de tristeza al pensar en su existencia sin objeto, en el gran error suyo y en su gran cobardía de no haber constituido una familia. Quizá su vida se hubiese encarrilado al tener la santa preocupación del hijo, de la noble misión de educarlo»; y, a la vez, con un punto de humor en forma de «un chiquillo enteco y descarado que correteaba por la casa molestando a todo el mundo y que se entretenía en comerse todo el papel que encontraba a mano. Hubo días que se comió *El Imparcial* entero, periódico por el que manifestaba cierta predilección».

Al año siguiente, Baroja dio a la imprenta los *Idilios vascos*, relatos entre los que encontramos el enternecedor *Elizabide el vagabundo*, «un fatuo, un hombre inútil y pobre», que se enamoraba y enamoraba a una adorable Maintoni. Y, también en 1902, vio la luz *El mayorazgo de Labraz*, una crítica feroz de la hipocresía de los lugares cerrados: «Como pueblo levítico, Labraz era vicioso, pero de una manera oscura y siniestra...»; recordando los atropellos de la soldadesca francesa a su paso por allí: «... rompían las puertas y las quemaban, hollaban las formas, se metían con los caballos en la iglesia y los abrevaban en las pilas de agua bendita...»; con algún toque anticlerical: «El magistral era la segunda dignidad de la Colegiata; tenía fama de ser un pozo de ciencia y, como hombre galante y mangoneador en asuntos de congregaciones, visitaba a todas las señoras del pueblo... era un presuntuoso badulaque...»; en la que describe la conmovedora agonía de una niña: «Rosarito quería que la acercasen a la ventana, y contempló atentamente el sol que se ponía tras de los cerros lejanos...», y que termina de una forma abrupta y, por qué no decirlo, poco convincente.

## 7. La lucha por la vida

En 1904-1905 sacó a la luz *Tablado de Arlequín* y la gran trilogía *La lucha por la vida*. Así, en *La Busca*, *Mala hierba* y *Aurora Roja*, ante los ojos de Manuel Alcázar, un muchacho que se va haciendo hombre en aquel Madrid cansado, Baroja recorrió calles, tabernas, cafés, buñolerías, arrabales, corralas, tugurios, desmontes y cementerios. E hizo desfilar mendigos, opulencia y sordidez; tísicos, paralíticos, usureros y estafadores; cucos, hipócritas de todo tipo, rufianes, meapilas, chulos e inocentes; bohemios, far-santes, golfos y golfas; mujeres y hombres resignados, alcahuetas, sablistas y jerarquías ruines; mujeres dulces, niños hambrientos, amores puros y amores fallidos; anarquistas alucinados, idealistas, inútiles o tan sólo locos; aristócratas de medio pelo, vagos y clérigos indignos; hombres y mujeres de mérito, marginados y víctimas propiciatorias; desheredados de la fortuna, analfabetos, pobres de espíritu y cabezas de turco. Ahí fijó una época. Cómo no traer aquí el discurso de *El Libertario*, el anarquista, ante el cadáver del hermano de Manuel: «—Compañeros: Guardemos en nuestros corazones la memoria del amigo que acabamos de enterrar. Era un hombre fuerte con alma de niño... Pudo alcanzar la gloria de un artista, de un gran artista y prefirió la gloria de ser humano. Pudo asombrar a los demás y prefirió ayudarlos... Entre nosotros, llenos de odios, él sólo tuvo cariños; entre nosotros desalentados, él sólo tuvo esperanzas.

Tenía la serenidad de los que han nacido para afrontar las grandes tempestades...; fue un rebelde porque quiso ser un justo...».

## 8. 1905-1907

En plena vena creadora, en 1905 publicó *La feria de los discretos*, ambientada en Córdoba («un pueblo que duerme... este pueblo, como casi todos los españoles, vive una vida arcaica. Todos son puntos muertos y los cerebros no andan»); y *Paradox, Rey* (1906), obra dialogada con puntos de humor: «Es un aventurero que ha estado en varias guerras y en cada una ha perdido algún miembro... Es tuerto, cojo, manco y todavía dice que no hay nada como la guerra. —Será un humorista. —No. Es un hombre que tiene vocación para el heroísmo. —Para el heroísmo... y para la ortopedia.»; y con un final corrosivo: —«¿Qué tiene que ver la civilización con eso? —Mucho. Antes no había aquí enfermedades, pero las hemos traído nosotros. Les hemos obsequiado a estos buenos negros con la viruela, la tuberculosis, la sífilis y el alcohol».

*Los últimos románticos*, novela con un hombre contemplativo, misántropo y dominado por su mujer, Fausto Bengoa, como hilo conductor con París como fondo, salió a la luz en 1906. Esa novela continúa en *Las tragedias grotescas*, 1907, también en el París de la segunda mitad del XIX, y en ella leemos observaciones muy barojianas: «como en toda sociedad decadente, las mujeres triunfaban...»; una dura crítica del carlismo: «... el nuevo pretendiente era un imbécil; el llamado Carlos V, un miserable y el partido carlista una manada de idiotas dirigida por curas asesinos y estúpidos frailes...»; ello con la recreación final de la Comuna de París en 1871.

## 9. Anarquistas. Atentado contra Alfonso XII. *Zalacáin el aventurero*

Alfonso XIII y su esposa Victoria Eugenia de Battenberg, sufrieron un atentado el día de su boda el 31 de mayo de 1906. Cuando se dirigían hacia el Palacio Real, el anarquista Mateo Morral les lanzó una bomba desde un balcón de la calle Mayor. Se salvaron porque fue desviada por el cable del tranvía, pero murieron más de 20 paisanos que veían pasar la comitiva.

Baroja había viajado a Londres en 1905 y por entonces tenía cierta simpatía por los anarquistas. Cuando aún era niño había conocido, de visita en casa de su padre en Madrid, a José Nakens, periodista que escondió a Morral tras el atentado, y en varias obras los describió con comprensión. Así, en *La dama errante* (1908), recreó ese atentado y talló una mujer de una pieza, María Aracil, hija de un médico que tenía amistad con un anarquista y era acusado. Padre torpe e hija lúcida y con principios, debían huir a Portugal e Inglaterra. En *La ciudad de la niebla* (1909), además de citar a su tan leído Dickens y hacer comentarios curiosos sobre los ingleses: «son entusiastas frenéticos de los revolucionarios de los demás países, pero no de los suyos», intercalaba una

crítica a un autor en boga: «Lee esas fantasmionadas de d'Annunzio y se cree una supermujer. Ese vino endulzado con la más venenosa de las sacarinas que sirve el divo italiano se les está subiendo a la cabeza y volviendo locas a estas pobres cursis»; y describía el mundo anarquista. Así, uno de ellos afirmaba cuando le sugerían que debían educar a los aldeanos: «—¿Nosotros? No, nosotros no podemos ser maestros; somos sectarios, podemos hacer propaganda, pero nada más».

Y también en 1909, Baroja publicó otra de sus obras esenciales, *Zalacaín el aventurero*. Ahí crea un prototipo de hombre libre: Martín Zalacaín. Huérfano precoz de padre, audaz desde niño y educado a ratos por su tío-abuelo, uno de los personajes entrañables del universo barojiano: «Tellagorri era un individualista convencido, un sabio; nadie conocía la

comarca como él; nadie dominaba la geografía del río Ibaya... sabía cazar los peces a tiros... pero no utilizaba la dinamita porque, aunque vagamente, amaba la Naturaleza y no quería empobrecerla...». Baroja tejió una gran historia de aventuras con el trasfondo de la segunda guerra carlista en la geografía vascongada y navarra; y, a la vez, una historia de amor con un final no feliz. Porque Zalacaín, el que en los momentos de apuro, recordando a Tellagorri, se decía: ¡*Firmes, siempre firmes!*; el hombre que «se sentía muy español y dijo que los franceses eran unos cochinos, porque debían hacer la guerra en su tierra...» era muerto a traición por un esbirro. Pero, no le pudo dejar morir del todo y acabó la obra con un bello epitafio: «Duerme en esta sepultura/ Martín Zalacaín, el fuerte/ Venganza tomó de la muerte/ De su audacia y su bravura/ De su guerrera apostura/ El vasco guarda memoria/ Y aunque el libro de la historia/ su rudo nombre rechaza/ ¡Caminante de su raza/ Descúbrete ante su gloria!».



FIGURA 5.—Domicilio madrileño de Baroja en Ruiz de Alarcón, 12 (Philmarin, Creative Commons).

## 10. *Las inquietudes de Shanti Andía. César o nada. El árbol de la ciencia*

Baroja ya tenía un nombre y, además, entre 1910 y 1911 la Editorial Biblioteca Renacimiento, de Madrid, sacó a la luz estas tres novelas capitales. Tal vez, *Shanti Andía* sea el Zalacaín de los mares, el hombre desengañado que con nostalgia nos cuenta sus memorias, sus aventuras en la mar: «Yo no olvidaré nunca la primera vez que atravesé el océano. Todavía el barco de vela dominaba el mundo. ¡Qué época aquella!...» Una novela por la que pasa «la tía Úrsula, solterona romántica... solía contar la cosa más insignificante con una solemnidad tal que me maravillaba»; por la que navegan barcos, capitanes, marineros con nombre propio, un par de médicos, motines, tempestades y hasta un tesoro escondido. Una novela que acaba cuando Shanti reconoce que «... siento un poco de vergüenza al decir que soy feliz... Ya en Lúzaro nadie quiere ser marino... ¡Oh, gallardas arboladuras! ¡Fragatas airosas, con su proa levantada y su mascarón en el tajamar! ¡Redondas urcas, veleros bergantines! ¡Qué pena me da el pensar que vais a desaparecer, que ya no os volveré a ver más!».

Baroja viajó a Italia, en concreto a Florencia en 1907 y a Roma al año siguiente. Vivió en hoteles de cierto nivel, recorrió la ciudad, visitó sus monumentos, escuchó y observó. Desarrolló *César o nada* (1911) con un protagonista, César Moncada, que comenzaba como un cínico lector del «Manual del especulador en la Bolsa»; un individualista («Lo individual es la única realidad en la naturaleza y en la vida»); un misántropo escéptico «que tenía un desprecio profundo por la Universidad y por sus condiscípulos», que viajaba a Roma para acompañar a su hermana. Un personaje que aprovechaba para «dar un repaso» a los jesuitas, a la Iglesia y sus jerarquías, antes de partir para «hacer política» hacia Castro Duro, un imaginario pueblo castellano. Y allí, tras describir la catadura de los políticos en general («es difícil encontrar nada tan vil, tan inepto y tan inútil como un político español») y observar las posibilidades del lugar («El pensar en aquellas fuerzas dormidas le irritaba: el salto de agua perdido sin dejar su energía; el río que marchaba mansamente sin fecundar las tierras; el campo de la ermita, que hubiera podido convertirse en parque, con una escuela alegre y clara...»), el cínico se transformaba en un idealista que era asesinado por un matón a sueldo. Y la novela acaba con un aroma corrosivo: «No, no permitiremos jamás que los advenedizos sin religión y sin patria quieran perturbar la vida de nuestra querida ciudad... Después el abogado gordo hizo desfilar todas las glorias de España con su correspondiente adjetivo... Hoy Castro Duro ha vuelto al orden... las fuentes se han secado, la escuela se cerró, los arbolillos del Parque Moncada fueron arrancados...».

*El árbol de la ciencia* (1911) es su novela más autobiográfica. El protagonista, Andrés Hurtado, estudia Medicina en Madrid, cuya Facultad y Hospital General critica; así, uno de los personajes afirma: «Los profesores no sirven más que para el embrutecimiento metódico de la juventud estudiosa. El español todavía no sabe enseñar; es demasiado fanático, demasiado vago y casi siempre demasiado farsante». Una novela en la que el protagonista ejerce en un pueblo dormido en el sur de Castilla «en el que la ley de selección se cumplía al revés... algún burlón hubiera dicho que este

aprovechamiento de la paja no era raro entre españoles... haciendo que gobernara el más inepto...». Un protagonista lector de Kant, que aspira a vivir con independencia («En España, en general, no se paga el trabajo, sino la sumisión; yo quisiera vivir del trabajo, no del favor») y que sufre la muerte de un hermano por tuberculosis; un médico que comprueba que «en Alcolea como en Madrid, a medida que el individuo sube, los medios que tiene de burlar las leyes comunes son mayores...». Un Andrés Hurtado, en fin, que atisba la esperanza cuando se enamora de una mujer sencilla, pero que abruptamente la pierde durante el parto del primer hijo. Su suicidio final no sorprende al lector.

## 11. 1912-1917

Baroja viajó mucho por España, a veces en compañía de sus hermanos Carmen y Ricardo y otras con amigos como el poeta e hispanista suizo Paul Schmitz, con Maeztu, Ortega y Azorín. Además, cuando sacaba una obra nueva, solía salir para ignorar las críticas y viajó por Londres, Florencia, Milán, Roma, Ámsterdam, Róterdam, Dinamarca, Berlín y Ginebra y, en varias ocasiones, París.

Desarrolló *El mundo es así* (1912), la novela que Azorín destacó, entre Ginebra, Florencia y España para acabarla en Moscú. Con una mujer rusa, Sacha Savarof, como protagonista, describe el ambiente revolucionario en el que vivían en 1905 algunos jóvenes rusos en Ginebra; pasaba por Italia («comprendo el esplendor de una ciudad como Florencia, la cantidad enorme de obras de arte que guarda, pero los italianos no me son simpáticos... Italia es el país donde más cosas se pueden conseguir con dinero»); visitaba España, y en Navaridas, Álava, veía en una casa «un escudo pequeño y desgastado... tres puñales en forma de cruz que se clavan en tres corazones... alrededor se lee esta leyenda: El mundo es así. Es decir, todo es crueldad, barbarie, ingratitud». Y la novela acaba en Moscú, cuando un profesor le cuenta a Sacha: «... algunos fueron llevados a Siberia, otros se suicidaron, la mayoría han desaparecido; algunos, los astutos e intrigantes, han progresado y se han acercado al poder. Los idealistas han perecido. ¡El mundo es así!».

También en 1912, Baroja publicó *El aprendiz de conspirador*, la primera de las *Memorias de un hombre de acción*, 22 novelas con Eugenio de Aviraneta (1792-1872), tío segundo de su madre, como protagonista. En ese inmenso trabajo de documentación y de ejercicio de imaginación que fue dando a la imprenta hasta 1934, recorrió la primera mitad del siglo XIX de la Historia de España, desde la Guerra de la Independencia y el reinado de Fernando VII hasta la Regencia de María Cristina, pasando por las guerras carlistas. En ellas cabe destacar *El escuadrón del Brigante*, *La veleta de Gastizar* y *Con la pluma y con el sable*, y la última: *Desde el principio hasta el fin*. En todas, fiel a datos históricos, mostró un retablo de individualidades fuertes como el propio Aviraneta, el cura Merino, El Empecinado, Zumalacárregui, Cabrera o Narváez. Así, afirmaba: «A mí me interesa —como decía Stendahl— ver en lo que es;

saber distinguir la realidad del mito... Lo individual es original, inventa, perturba. La masa no comprende lo individual y lo anula». Y cómo olvidar la despedida del protagonista: «Todo tiene que terminar... ¡Adiós, señor de Aviraneta, pariente, paisano y correligionario en liberalismo, en individualismo y en vida un tanto desastrada! ¡Adiós conspiraciones, intrigas, peligros...! ¡Adiós papeles y documentos! Ha perdido una energía y paciencia para buscarlos...».

## 12. 1916-1931

Don Serafín, había fallecido en 1912, año en que Pío compró una casa grande con una huerta en Vera de Bidasoa, Navarra, donde veraneó y en la que fue haciendo una gran biblioteca. En Madrid, los Baroja vivían en el número 34 de la calle Mendizábal, una casa con planta baja y dos pisos. Carmen, una mujer muy interesante, también escritora, se casó con el editor Rafael Caro Raggio en 1913; y Ricardo, pintor, grabador y escritor de mérito lo hizo con la pintora Carmen Monné en 1919.

Baroja, lector de la filosofía alemana, de la obra de Dickens y de la literatura francesa, no tuvo afinidad por ninguno de los dos bandos durante la Primera Guerra Mundial. Una guerra en la que España, afortunadamente, permaneció neutral. Y, como curiosidad, recordaremos que fue intervenido de próstata en 1921, una cirugía nada trivial en aquella época.

En 1916 publicó *La dama de Urtubi*, una novela breve con la historia de los orígenes de la brujería, sus ritos y trasfondo social («¡Figúrese usted unos jueces severos y supersticiosos, dispuestos a dar crédito a los mayores disparates y unos procesados llenos de susto y sobresalto dispuestos a afirmar cualquier cosa si los perdonaban!») con la cueva de Zugarramurdi como núcleo.

*Juventud, egolatría* fue editada en 1917. Tenía 44 años cuando escribió esta mezcla de confesiones y autobiografía en la que se definía como liberal radical, individualista, anarquista, antimilitarista, agnóstico y dogmatófago («mi primer movimiento ante un dogma, sea religioso, político o moral, es ver la manera de masticarlo o digerirlo»); una obra en la que defendía la bondad de Nietzsche, criticaba de pasada a Rousseau y a los socialistas («Una de las cosas que más me ha repugnado de ellos, más que su pedantería, más que su charlatanismo, es el instinto inquisitorial de averiguar las vidas ajenas») y elogiaba a Ortega («única posibilidad de filósofo que he conocido, es para mí uno de los pocos españoles a quienes escucho con interés»).

En *Las Horas Solitarias* (1918) continuó hablando de sí, de sus viajes por España, de su conato de candidatura a diputado por el partido Republicano por Fraga (Huesca); opinando sobre ciudades, autores y sus obras. En *La sensualidad pervertida* (1920) tal vez explicaba el porqué de su soltería. Partía de una observación curiosa, propia de un anticlerical como él: «El cura domina a la mujeres por su carácter masculino, pero a los hombres, no. Los podrá avasallar, pero no seducir; para eso sería indispensable que tuviera un carácter femenino que no tiene. De ahí procede, creo yo, el



FIGURA 6.—«El Ángel Caído» (1877) corona la fuente monumental homónima del Parque del Retiro de Madrid, donde Baroja paseaba con frecuencia. Fue esculpida por de Ricardo Bellver (1845-1924) para la Exposición Universal de París y, pese a la creencia popular, no es la única escultura dedicada a tan siniestro personaje (Thermos, Creative Commons).

éxito mundano de los jesuitas...». El protagonista, Luís Murguía, «un ingenuo, un pequeño buscador de almas, un sentimental» era, sobre todo, un racionalista indeciso que aun conociendo múltiples mujeres, no hallaba ninguna de la que enamorarse; quizá porque era incapaz de ello y que se justificaba con un pobre «ninguna mujer tiene afición por mí».

*La caverna del humorismo* (1919) tiene un protagonista que, como siempre, remaba contracorriente («El doctor Guezurtegui era hombre poco respetuoso, y en vez de mandar sus comunicaciones en un buen papel de barba, las enviaba en los respaldos de las facturas del hotel, en los prospectos de las sombrererías o de los *music-halls*») e incluía un capítulo, *Balada de los buenos burgueses*, que suscitó una notable polvareda.

*La leyenda de Jaun de Alzate* (1922) es un bello canto a la tierra de sus amores. Ambientada en la Edad Media, desde el prólogo posee un aire nostálgico: «Jaun de Alzate, en su tiempo, fue un guerrero esforzado y un sabio, un hombre noble. Hoy el solar de Alzate está aniquilado. Tres casas blancas ocupan el sitio de la vieja torre, a orillas del Lamiocingo-errecá, el arroyo de las Lamias, que marcha a desembocar en el Bidasoa...».

*El laberinto de las sirenas* (1923) es una de sus novelas más complejas e imaginativas, con un sinfín de aventuras del protagonista, Juan Galardi, *un vasco decidido y valiente*, en un microcosmos creado en Roccanera, una aldea calabresa. Cerca de un acantilado con una gruta y un dédalo de arrecifes que da título a la obra, un magnate construía una gran casa con magníficas obras de arte y una espléndida biblioteca. Una construcción que se venía abajo tras la muerte del dueño.

En 1926 escribió la obra de teatro *El horroroso crimen de Peñaranda del Campo*, y entre 1927 y 1929 la trilogía *Agonías de nuestro tiempo* (*El gran torbellino del mundo*, *Las veleidades de la fortuna* y *Los amores tardíos*), desarrollada en Ámsterdam, Róterdam, Múnich y Viena, y que bien pudo titular «los amores fallidos de José Larrañaga», otro de sus protagonistas víctimas del *taedium vitae*, dubitativos e incapaces de afirmar sus relaciones con las mujeres.

Baroja publicó *Los pilotos de altura* y *La estrella del capitán Chimista* en 1929 y 1930. En ambas retornó a la mar, nos volvió a recordar a Verne y creó un personaje, Chimista, marino, vasco por supuesto, que: «Si en Lúzaro han tenido ustedes hombres como Tristán de Aguirre y Shanti Andía, que han dado que hablar, en Elguea hemos tenido al capitán Chimista, superior a todos como aventurero». Un hombre que tras mil vicisitudes se retiraba a Clovelly, en la costa de Cornualles, y que aun viejo afirmaba que «para él no había nada comparable con navegar por mares lejanos y desconocidos, a la aventura, y hacer contrabando y hasta la piratería»

### 13. 1932-1936

La Dictadura de Miguel Primo de Rivera (1870-1930), con la connivencia de Alfonso XIII (1886-1941), duró desde septiembre de 1923 hasta enero de 1930 y en abril de 1931 fue proclamada la Segunda República.

Los Baroja seguían en la casa de Mendizábal. Ricardo y su mujer en el bajo, donde a veces hacían representaciones de teatro; Carmen y su marido Rafael Caro Raggio vivían con sus hijos, Julio y Pío, en el primer piso, y en el segundo, el escritor y su madre. Esta estrecha relación y su soltería, hizo que los freudianos vieran en Baroja un no asumido complejo de Edipo.

A instancias de Azorín, en 1934 fue elegido miembro de la Academia de la Lengua. Leyó su discurso de ingreso *La formación psicológica de un escritor* («me considero, dentro de la literatura, como un hombre sin normas, a campo traviesa, un poco a la buena de Dios...») el 12 de mayo del año siguiente, y fue respondido por Gregorio Marañón.

Baroja no fue indiferente a los acontecimientos políticos y entre 1931 y 1932 escribió la trilogía *La selva oscura: La familia de Errotacho, El cabo de las tormentas y Los visionarios*. En esas obras, desarrolladas en Vera de Bidasoa, Jaca y Barcelona y Andalucía, criticaba con dureza tanto la Dictadura como a los Borbones.

Además, por entonces publicó *Aviraneta o la vida de un conspirador* (1931), biografía apasionante de aquel pariente suyo que combatió en la Guerra de la Independencia; que viajó por Europa y llegó hasta Alejandría, en Egipto; que conoció a lord Byron en un puerto griego y que viajó hasta Méjico y Nueva Orleans; un hombre de inteligencia preclara y que sufrió prisión por lealtad a María Cristina; en fin, una biografía que parece más novela de aventuras. Y otro tanto puede decirse de *Juan van Halen, el oficial aventurero* (1933). Este audaz marino, nacido en Cádiz en 1788, combatió a los franceses en Madrid el 2 de mayo de 1808 y sufrió tortura por la Inquisición en 1812; masón librepensador que en 1818, al servicio del zar Alejandro I, fue mayor de Caballería del Ejército del Cáucaso, o que en 1830 combatió en la Revolución belga para su independencia de Holanda; y que en 1836, mariscal de campo al servicio de Isabel II, combatió en el Ejército del Norte, para morir en Cádiz en 1864.

Y, antes de 1936, Baroja aún escribió *Las noches del Buen retiro* (1934), una historia de amor romántico y desgraciado con un protagonista tuberculoso.

## 14. 1936

El estallido de la Guerra Civil en julio de 1936 sorprendió a Baroja en Vera de Bidasoa. Su madre había fallecido el año anterior, y Ricardo y su mujer y Carmen con sus hijos habían ido allí a pasar el verano. Caro Raggio se había quedado en Madrid en la editorial y pasó la Guerra en un piso de alquiler porque la casa de la calle Mendizábal fue destruida en un bombardeo. Allí se perdieron escritos de Carmen, obras de Ricardo, cartas de Pío y la maquinaria de la editorial, ubicada en una nave detrás de la casa.

La vida en Vera era tranquila, pero el 18 de julio al médico del pueblo se le ocurrió ir en su coche a Lesaca, con Baroja, a ver pasar una columna de requetés. Un fanático de estos tradicionalistas a ultranza reconoció al escritor y le acusó a voces de atacar *a Dios y la tradición*. Se organizó un tumulto, algún imaginativo le responsabilizó de los

bombardeos de los pueblos, y médico y escritor acabaron en la cárcel de Santesteban. Allí estuvieron medio día, hasta que el comandante Carlos Martínez de Campos, lector de su obra, ordenó que, ya de madrugada, fueran puestos en libertad. No estaban los tiempos para bromas y quizá el antimilitarista Baroja aquel día salvó la vida gracias a un oficial del Ejército.

Vio clara la situación y decidió huir a Francia. Con 63 años, algún dinero y sin equipaje, echó a andar por la carretera hasta que un coche se paró y el conductor se ofreció a llevarle hasta la frontera. Un carabinero le reconoció y le permitió cruzarla. Fue a Behovia y de ahí a San Juan de Luz donde unas semanas más tarde recibió la visita del director para Europa de La Nación, de Buenos Aires. Gracias a su colaboración con un artículo mensual en ese diario, Baroja pudo vivir aquellos años.

Desde San Juan de Luz marchó a París, hospedándose en el Colegio de España, en la Ciudad Universitaria, donde coincidió con Azorín, Xavier Zubiri (1898-1983) y el físico Blas Cabrera (1878-1945). Hizo una escapada a Basilea, a la casa de su amigo Paul Schmitz, casado con la hija de un general ruso, y en septiembre de 1937 volvió a Vera. Pero la economía empeoró cuando los artículos en La Nación pasaron a ser bimensuales y no podía cobrarlos en España. Así que, en abril del 38 volvió a París. Nuestro país se desangraba y se avecinaba la Segunda Guerra Mundial.

La situación en la Ciudad Luz empeoró y Baroja, corto de recursos, iba a comer un día a la semana a casa de Marañón, también exiliado allí. Había escrito un par de artículos contra Hitler y, cuando en mayo de 1940 éste invadió Francia, tuvo claro que debía salir de París. Volvió definitivamente a España en junio de 1940.

## 15. Madrid al final

Ricardo y Carmen Monné decidieron quedarse en Vera y Pío, Carmen y sus hijos regresaron a Madrid ese mismo año. Rafael Caro Raggio se había alojado en un piso en la calle Casado del Alisal, próxima al Retiro, y al llegar el resto de la familia fueron a vivir al número 12 de la cercana calle de Ruiz de Alarcón.

Manuel Aznar, director de la revista Semana, le propuso que escribiera sus memorias, bien remuneradas. Aceptó y en septiembre de 1942 empezaron a publicarse, para ser editadas como libro, *Desde la última vuelta del camino*, en 1948. Además, en 2005 se publicó *La Guerra Civil en la frontera*, escrita hacia 1952 y prudentemente guardada por sus herederos, en la que denunció la barbarie de «los dos bandos». Y aún en 2012 apareció *Miserias de la guerra*, datada hacia la misma época, con argumentos parecidos. Baroja fue vigilado por la censura, pero no molestado por el franquismo y de hecho contó con el respeto de Falange Española.

Trabajador sin pausa, creador de una obra inmensa traducida a veinte idiomas, tuvo y tiene el favor de infinidad de lectores. No fue afecto ni incondicional de nada ni de

nadie y, como observó Azorín, «despreciaba la estupidez y la crueldad». Individualista, antidogmático y enemigo de los poderes, vivió en su propia órbita terrena y creativa. Nunca utilizó la política para medrar y criticó a los políticos que apelan a los sentimientos de las masas: «Para mí, uno de los mayores males de España es el espíritu del romanticismo en política. Que se sea romántico, allá se las haya, pero que un Gobierno o un poder cualquiera trate de falsear la verdad con idealismos y perturbe así los intereses de mucha gente, ¡no! ¡Eso es una locura!». Quizá por eso rechazó los delirios de Sabino Arana (1865-1903) y criticó la contradicción de los que alardeaban de «no haber sido latinizados y a la vez ser católicos, apostólicos y romanos» o «considerarse amantes de las tradiciones y lo primero que hacen es falsificar la historia y cambiar la ortografía». Librepensador, evitó las masas: «Todos los públicos grandes me han producido desconfianza y, a veces, terror. No creo que una masa social pueda ir a nada bueno. Todo en ella serán apetitos un poco brutales, nunca pensamientos nobles ni juicios claros».

Consideró que «la novela es algo abierto, sin límites, indeterminado» y, salvo con Azorín y Ortega, no tuvo una buena relación con los escritores contemporáneos. A la contra, fiel a sí mismo, negó que existiera la generación del 98: «El invento fue de Azorín... Una generación que no tiene puntos de vista comunes, ni aspiraciones iguales, ni solidaridad espiritual, ni siquiera el nexo de la edad, no es una generación».

Sabía decir que no y rechazó, tras leer la novela, escribir el prólogo de *La familia de Pascual Duarte*, que le solicitó Cela (1916-2002) en 1942.

Siempre con boina, enlazadas las manos atrás y algo inclinado hacia delante, en sus últimos años paseaba por la Cuesta de Moyano, el Prado y el Retiro; e iba alguna vez al Instituto Británico, entonces en la calle de Méndez Núñez, donde trabajaba su sobrino Julio y congenió con el embajador del Reino Unido, Samuel Hoare.

Aunque ya había salido lo mejor de su pluma, todavía hizo brotar de ella: *El cura de Monleón* (1936), *Susana* (1938), *Laura, o la soledad sin remedio* (1939), *El caballero de Erlaiz* (1941), *Canciones del suburbio* (1944) —su único libro de poesía—, *El puente de las ánimas* (1944), *El hotel del cisne* (1946), *Tríptico* (1950), *El cantor vagabundo* (1950), *Las veladas del chalet gris* (1951) y *Aquí París* (1955).

Y vino la parca. Su cuñado Rafael había muerto en 1943 y Carmen lo hacía en 1950. En la casa de Ruiz de Alarcón quedaron Baroja, huérfano de hermana, y sus sobrinos Julio, 36 años, y Pío, 22. Menos mal que Clementina Téllez, cocinera y ama, la abnegada mujer telúrica que mantenía la conexión con la tierra, sostuvo la infraestructura. Y, en 1953, en Vera, fallecía su querido hermano Ricardo.

A principios del 54 empezó a tener «olvidos». Ese verano su sobrino Julio aún le llevó a Vera, donde le visitó Maraón. Regresó a Madrid. Pero ya no tenía fijeza. Amontonaba cuartillas, perdía borradores, olvidaba nombres... Con frecuencia le visitaban el doctor Val y Vera, Palmira Abelló, las sobrinas de Salvador de Madariaga, Gil Delgado, Vicente Silió, el doctor Arteta, Cela, Pérez Ferrero, su biógrafo...



FIGURA 7.—El 9 de octubre de 1956 el escritor estadounidense Ernest Hemingway visitó a Baroja, enfermo de «arteriosclerosis», en su domicilio de la madrileña calle de Ruiz de Alarcón. Hemingway, admirador del escritor vasco, le obsequió con un chaleco, unos calcetines, una botella de whisky y un ejemplar de su libro «Fiesta» con la siguiente dedicatoria: «A usted don Pío, que tanto nos enseñó a los jóvenes que queríamos ser escritores»(©Archivo Castillo Puche/ EFE/www.lafototeca.com).

## 16. *Vulnerant omnes; ultima necat*

Al menos en tres de sus obras citó esa frase latina: «Todas [las horas] hieren; la última mata» inscrita en algún reloj. El 20 de mayo de 1956, al levantarse, se cayó y se fracturó el fémur derecho. Fue intervenido el día 25 y se recuperó bien, pudiendo ser devuelto a su casa el 31. Pero el deterioro prosiguió. Caquético, aparecieron las úlceras por decúbito. El nueve de octubre recibió la visita de Hemingway, que le llevó una botella de whisky y le dijo que había merecido el premio Nobel más que él. Pero no le reconoció ni le entendió. Un fotógrafo fijó la escena.

Pío Baroja Nessi se adentró en las brumas del tiempo a las cuatro de la tarde del 30 de octubre de 1956.



El entierro fue a primera hora del día siguiente. Llovía en Madrid. Allí estaban sus amigos entrañables, y Hemingway, y el teniente general Martínez de Campos, que le había sacado de un apuro allá por el 36 y que se cuadró e inclinó la cabeza ante su cadáver. En la calle esperaban algunos curiosos y muchos lectores agradecidos. Desde el cuarto piso bajaron el ataúd por la escalera Miguel Pérez Ferrero, Camilo José Cela, Eduardo Vicente y Manuel Val y Vera. Ernest Hemingway declinó el honor: «Es demasiado honor para mí... Sus amigos... sus amigos de siempre».

El sepelio partió hacia la calle de Alcalá y por ella hasta las Ventas del Espíritu Santo y la Carretera del Este por un itinerario que más de una vez describió en sus cuentos y novelas. Sus restos reposan en el Cementerio Civil bajo una lápida de granito en la que podemos leer: «Pío Baroja. 1872-1956».



## Bibliografía

- Baroja P. Obras completas. Barcelona: Círculo de Lectores, 1997.
- Caro Baroja J. Los Baroja. Memorias familiares. Madrid: Caro Raggio, 1997.
- Gil Bera E. Baroja y el miedo. Barcelona: Península, 2001.
- Juan Arbó S. Pío Baroja y su tiempo. Barcelona: Planeta, 1963.
- Pérez Ferrero M. Vida de Pío Baroja. Madrid: Magisterio Español, 1972.